

## CAPITULO XVI

### MISIONES DE LAS ISLAS MARIANAS

SUMARIO: 1. Noticias del P. Diego Luis de Sanvitores.—2. Prepara la misión de las islas Marianas.—3. Exito felicísimo en los primeros años.—4. Martirio del P. Medina en 1670, y del P. Sanvitores en 1672.—5. Martirio de los PP. Ezquerria y Monroy y otros sucesos hasta 1680.—6. Guerra de 1684 y muerte de varios Padres.—7. Estado decadente de la misión al terminar el siglo XVII.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Philippinarum. Historia V.*—2. Relaciones primitivas de los misioneros conservadas en el Archivo de Indias.—3. Reales Cédulas, Memoriales y otros documentos del mismo Archivo (1).

1. Como todas las provincias de Ultramar, también la de Filipinas tuvo una gloriosa expansión apostólica en la segunda mitad del siglo XVII. La misión de las islas Marianas es uno de los episodios más interesantes de nuestro apostolado colonial, y ha sido objeto de varios libros y memoriales, que han difundido por el mundo bastantes noticias de aquellos sucesos, aunque con cierta vaguedad y confusión que no permite distinguirlos bien.

(1) Para la historia de la misión en las Marianas la fuente principal son las relaciones que escribían los misioneros, y que se enviaban primero al Provincial de Filipinas y después a Méjico y a España. La primera, que está firmada por el P. Sanvitores y por el H. Bustillo es del 15 de Mayo de 1669 y se halla en el Archivo de Indias, 58-4-12. Las siguientes, que suelen abarcar los sucesos de uno, dos o tres años, se conservan casi todas en el mismo Archivo en el legajo 68-1-40. Estas relaciones fueron traducidas al italiano y a otras lenguas y corrieron manuscritas por nuestras casas de Europa. Además de estas relaciones, que pudieran llamarse oficiales, consérvanse varias cartas particulares de varios misioneros, que suministran noticias interesantes sobre aquella misión. Sobre el fundamento de estas cartas y relaciones se escribieron muy pronto los libros siguientes, que fueron muy leídos a fines del siglo XVII: *Relación de la Vida del devotissimo hijo de María Santísima y dichoso Mártir Padre Luis de Medina, de la Compañía de Jesús, que murió por Christo en las Islas Marianas...* Por el P. Francisco García... Madrid, 1673. Es el primer libro que salió a luz sobre estas misiones. Su autor es el conocido biógrafo de San Ignacio y San Francisco Javier.—2. *Relación de la dichosa muerte del Ven. P. Diego Sanvitores, de la Compañía de Jesús, muerto a manos de los idólatras.* Méjico, 1675. El autor es el P. José Vidal Figueroa,

Procuraremos condensar en este capítulo con la posible brevedad lo que hemos llegado a saber sobre aquella insigne misión. A trescientas leguas poco más o menos al Oriente de Manila se extiende una cadena de islas que corren de Sur a Norte entre los grados 13 y 21 del hemisferio boreal. A estas islas, todas pequeñas, y que son diez y seis o diez y siete las principales, se les puso primitivamente el nombre de *Ladrones*, porque los naturales de ellas ejecutaron tal cual hurto, que no debió ser muy considerable, en las naves españolas que tocaron en sus costas. Fernando Magallanes fué quien primero las descubrió. Diego López de Legazpi, conquistador de Filipinas, al dirigirse de Nueva España a la tierra de sus conquistas, hizo alto brevemente en estas islas y mandó celebrar una misa solemne, tomando posesión de ellas en nombre del Rey de España. A pesar de esta demostración y de la costumbre que tenían nuestras naves de detenerse en alguna de estas islas, al navegar de Atapulco a Manila, es lo cierto que a mediados del siglo XVII no tenía aún España ningún establecimiento fijo, y mucho menos ninguna misión católica, que difun-

que sirvió largos años de procurador en Méjico a la misión de Marianas. Por su medio negociaba el P. Sanvitores con el Virrey de Nueva España. Mucho más importante que los dos libros anteriores es el siguiente.—3. *Vida y Martirio de el Venerable Padre Diego Luis de Sanvitores, de la Compañía de Jesús, primer apóstol de las islas Marianas, y sucesos de estas islas, desde el año de 1668 hasta el de 1681.* Por el P. Francisco García... Madrid, 1683. Aunque el fondo de la obra es, naturalmente, la biografía del fundador de aquellas misiones; pero como explica los sucesos de los nueve años siguientes, merece llamarse este libro la primera historia de las islas Marianas. Contiene esta obra un caudal muy rico de noticias que la hace interesante, aunque desagrada la difusión de su estilo y aquel criterio devotamente encomiástico, tan propio de nuestra hagiografía del siglo XVII. Esta historia fué traducida muy pronto al italiano por el P. Ambrosio Ortiz, pero con el aditamento de algunos capítulos, en que se refieren las noticias llegadas de aquella misión hasta el año 1685, noticias que no pudo alcanzar el P. García, que murió en ese mismo año. Esta ampliación dada a los sucesos posteriores sugirió, sin duda, al P. Ortiz la idea de cambiar el título de la obra, que apareció como invertido en esta forma: *Istoria della Converssione alla nostra Santa Fede dell' Isole Mariane, dette prima de' Ladroni, Nella Vita Predicatione e morte gloriosa per Christo del Venerabile P. Diego Luigi di Sanvitores...* Napoli, 1686.—4. *Vida y gloriosa muerte del Venerable P. Sebastián de Monroy...* por el P. Gabriel de Aranda. Sevilla, 1690. Es la biografía de este joven misionero con noticias sobre el curso de aquellas misiones y algunas cartas textuales del biografiado.—5. Finalmente debe consultarse, aunque sea algo posterior, la obra del P. Murillo Velarde, tantas veces citada en el capítulo precedente.

diese por aquellas tierras la luz del Evangelio. Este beneficio lo debieron aquellas islas a un insigne misionero español, de quien vamos a dar alguna noticia.

El P. Diego Luis de Sanvitores nació en Burgos el 12 de Noviembre de 1627. Sus padres, Jerónimo de Sanvitores y Francisca Malvenda, eran personas principales de la ciudad, y poco después de nacer nuestro joven fué designado D. Jerónimo procurador de Burgos para los negocios que se ofrecían a la ciudad en nuestra Corte. Este honroso oficio dió ocasión a D. Jerónimo para trasladarse a Madrid con toda su familia el año 1631. En Madrid, por consiguiente, y no en Burgos recibió su educación el P. Diego Luis, que en su niñez se llamaba Diego Jerónimo. Empezó a frecuentar las aulas de nuestro colegio, y muy pronto se distinguió como uno de los niños más ingeniosos y aplicados que honraban nuestras escuelas. Sintió desde luego vocación a la Compañía de Jesús y pidió con toda formalidad su admisión el año 1640. Deseando conocer con exactitud la edad del pretendiente, se pidió a Burgos su partida de bautismo; pero el que sacó la copia cometió el yerro de aumentarle un año más, y así creyeron que el muchacho iba a cumplir entonces catorce años, cuando sólo tenía trece. En su consecuencia no tuvieron dificultad en admitirle nuestros superiores. Hicieron muy fuerte oposición sus padres, y no es del caso referir las idas y venidas, las cartas, recados, coloquios y mensajes que se cruzaron en este negocio entre el joven Diego y sus padres y parientes (1). Por último, vencidas todas las dificultades, pasó al noviciado de Villarejo donde por devoción a San Luis Gonzaga quiso adoptar su nombre y empezó a llamarse desde entonces Diego Luis.

Desde el primer día de su vida religiosa dió pruebas de extraordinario fervor. Siguiendo el curso de sus estudios, fué ordenado de sacerdote en Diciembre de 1651, cuando sólo tenía veinticuatro años. Hizo la tercera probación en Villarejo y luego enseñó gramática en el colegio de Oropesa. En 1655 le trasladaron al colegio de Alcalá para enseñar filosofía. Ya entonces empezó a darse a conocer por su celo apostólico, saliendo los veranos a dar breves misiones en los pueblos circunvecinos. Tuvo la fortuna de acompañar algunas veces en sus trabajos apostólicos al

(1) Véase explicado este suceso de su entrada en la Compañía en la *Vida del P. Sanvitores*, por el P. Francisco García.

ilustre P. Jerónimo López, quien le infundió, sin duda, o por lo menos le acrecentó, el fervoroso espíritu apostólico que desde entonces resplandeció en el P. Sanvitores hasta lo último de su vida.

En 1659 se decidió a pedir las misiones de Indias y escribió una larga y fervorosa carta a nuestro P. General Goswino Nickel (1), en la cual, declarando los favores que Dios le había hecho hasta entonces en la vida religiosa, se ofrecía a corresponder a tales beneficios, sacrificándose por el bien de las almas en las tierras de infieles. Fué muy bien acogida su petición, y con más presteza de la que se acostumbraba en estos negocios, le señalaron para las misiones de Filipinas como uno de los compañeros que debía llevar consigo el P. Magín Sola, procurador de aquella provincia.

Embarcóse la expedición por Abril de 1660, y antes de terminar el mes de Julio ya estaba el P. Sanvitores en la capital de Nueva España. Cerca de dos años se detuvo en esta ciudad, y todo este tiempo puede decirse que fué una continua misión, ya en la ciudad, ya en los pueblos comarcanos, donde procuraba predicar la palabra divina y convertir a los pecadores, logrando conversiones verdaderamente maravillosas. Diéronle el cargo de la congregación de San Francisco Javier, establecida en aquella capital. Nuestro misionero la promovió con su ordinaria actividad, y por entonces dió a luz un libro con el seudónimo de Matías de Peralta Calderón, que debía servir principalmente para el provecho espiritual de sus congregantes. Titulábase el libro *El Apóstol de las Indias y nuevas gentes San Francisco Javier. Epítome de sus apostólicos hechos, virtudes, enseñanza y prodigios antiguos y nuevos...* etc. Más que una biografía del Santo, como pudiera esperarse por el título, es una colección de milagros y gracias singulares obtenidas por la intercesión de San Francisco Javier. Este trabajo, en donde hay más de devoción que de historia crítica, se reprodujo después en Pamplona y más adelante en Burgos, para edificación del pueblo católico.

A principios de 1662 se dispuso el viaje a Filipinas, y el Padre Sanvitores, con los otros misioneros, se embarcó en Acapulco el 5 de Abril. Fué muy próspera la navegación para la que en-

(1) La trae textualmente el P. García en su *Vida del P. Sanvitores*, l. c., c. 11.

tonces se acostumbraba, y a los tres meses tocaron en la isla de Guan, donde acudieron a la nave numerosos isleños deseosos de rescatar cuchillos y otros bujerías que pedían a los europeos a cambio de los bastimentos de su país. Observó el P. Sanvitores la índole de aquellos isleños, y oyendo decir que nadie hasta entonces les había predicado el Evangelio, se sintió interiormente inclinado a procurarles esta felicidad. Encomendó fervorosamente a Dios este negocio, y hallándose recogido en altísima oración, se le ofrecieron al pensamiento aquellas palabras del Evangelio: *Evangelizare pauperibus misi te*. Fuese revelación de Dios, fuese simple inspiración interior del Espíritu Santo, es lo cierto que desde entonces se creyó el P. Sanvitores como destinado por la Divina Providencia para predicar la fe en aquellas islas desamparadas. Continuó su navegación, y llegó felizmente a Manila en el mes de Julio de 1662.

Por de pronto le designaron los Superiores a la residencia de Taitay, poco distante de la capital, donde debía aprender el idioma tagalo. Aplicóse con fervor a esta faena, y al cabo de algunos meses ya podía entenderse con los indios y predicar en tagalo no menos que en español. Empezó, pues, sus excursiones apostólicas en torno de Manila, y doquiera bendecía Dios su predicación con numerosas conversiones. En ninguna parte explayó tanto su celo como en la isla de Mindoro, adonde evangelizó varios años consecutivos. Allí predicó fervorosamente la fe, corrigió los vicios de los naturales, que, según el mismo nos dice, no eran tan difíciles de enmendar como los que tenían en otras tierras de infieles. Fué acostumbrando como pudo a los indígenas a la vida civil, y efectivamente, consiguió lo que en tan breve tiempo se podía conseguir de gentes tan mal acostumbradas y tan rudas, que sólo después de largos años y continuas fatigas de los misioneros solían amoldarse a la vida civil y cristiana. En esta faena se detuvo el P. Sanvitores hasta el año 1667.

2. Mientras evangelizaba en la isla de Mindoro, empezó a preparar la gran misión de las islas Marianas, que tenía ya resuelta desde que pasó por Guan al dirigirse a Filipinas. El 29 de Mayo de 1665 presentó en Manila un memorial proponiendo las razones que había para fundar aquella misión. Debía acometerse esta empresa por las muchas almas de infieles que abundan en aquellas islas y pueden ser fácilmente reducidas a nuestra santa fe. Ya se han descubierto diez y siete islas, y por un cálculo pru-

dencial puede creerse que en cada una habrá por lo menos veinte mil habitantes. La necesidad de aquellas almas es verdaderamente extrema. Nadie les ha predicado el Evangelio. Están a la vista de los españoles, que pasan casi todos los años en sus naves por aquel archipiélago, y es un dolor que en más de un siglo nadie se haya detenido en aquellos parajes para anunciar la buena nueva a tantos indios desamparados. Se presume que la conversión de aquellas almas será menos difícil que la de otros infieles. No han llegado a aquellas islas los moros, que suelen ser un estorbo para la propagación del Evangelio. Tampoco hay en ellas las sectas de bñzos o sacerdotes de ídolos, que suelen defender con tenacidad las religiones superticiosas de los indígenas. Aparecen sin duda allí los vicios que nunca pueden faltar en los salvajes; pero a lo que se puede adivinar, estos vicios no son tan arraigados en aquellos pueblos como en otras partes. El carácter de aquellos indígenas parece blando y amable, y cuando se acercan los españoles suelen venir corriendo a las naves para contratar con ellos. A lo que podemos inferir de lo que cuentan los viajeros, es de esperar que se reducirán fácilmente a la vida cristiana y civil. Ya hace un siglo que se tomó posesión de aquellas islas en nombre del Rey de España. Parece, pues, que la justicia exige que Su Majestad envíe misioneros a aquellos países.

Declaradas estas razones a los Superiores de la Compañía, experimentaron éstos alguna dificultad, por la falta de sujetos que padecía la provincia de Filipinas. Estaban deseando ser socorridos con nuevos operarios de Europa. ¿Cómo iban a abrazar una misión distante, que forzosamente exigiría un buen socorro en gente y en dinero? Sin embargo, puesta la esperanza en Dios, aceptaron la proposición y mandaron al P. Sanvitores que tratase el negocio con las autoridades eclesiásticas y civiles. Por parte del Arzobispo, parece que no hubo ninguna dificultad. El piadosísimo Sr. Poblete, oídas las noticias que le suministró nuestro misionero, alabó la generosidad y celo apostólico de los Padres de la Compañía y bendijo la expedición que se proyectaba. El Gobernador se mostró mucho más rehacio, porque preveía desde luego los dispendios que aquella nueva empresa había de ocasionar a las cajas reales.

No se contentó el P. Sanvitores con hablar a las autoridades locales. Dirigió un memorial a la corte de Madrid, y por cierto que el principal negociador suyo en esta parte fué su mismo pa-

dre D. Jerónimo Sanvitores, que presentó el memorial de su hijo en el Consejo de Indias el año 1666.

Por entonces hallábase ya en España, cumplido su gobierno de Filipinas, D. Sabiniano Manrique de Lara, que había dejado muy buen recuerdo de los diez años que estuvo al frente de aquella colonia. Fué consultado sobre este asunto de la nueva misión, y dió una respuesta que no debió consolar mucho a los que apoyaban esta empresa. El 20 de Diciembre de 1667 escribió desde Alhaurín, pueblo de la provincia de Málaga, donde se hallaba retirado, una carta al Secretario del Consejo de Indias, Alonso Fernández de Lorca. En cuanto a la sustancia de la empresa, reconoce D. Sabiniano lo buena que es y las excelentes cualidades que adornan al que la propone. «El P. Sanvitores, dice, es varón apostólico, muy celoso del servicio de Dios y salud de las almas, y que con su doctrina ha hecho mucho fruto en aquellas islas, razones todas para que le arrebatase el espíritu y ardiente celo de las cosas grandes...» «En lo que intenta el Padre Sanvitores se ofrecen algunas dificultades, como son el que para ir todos los años a llevar bastimentos, vinos, aceites, harinas y otras cosas de que carecen aquellas islas ha de haber nave de alto bordo, preparada para esto, por cuanto no pueden ir champanes y joangas, que son las embarcaciones ordinarias de aquel archipiélago de Filipinas y con que se trajina y comercia en él, por ser golfo de trescientas leguas y mar brava, donde hay de continuo huracanes.»

Va declarando D. Sabiniano las dificultades que indudablemente tendrá la empresa, y por último, apunta el negocio de la guarnición española que sería necesario poner en aquellas islas para la defensa de los misioneros. «Dice el P. Sanvitores, escribe D. Sabiniano, que con veinte españoles que vayan basta. Mi parecer es muy opuesto al suyo; porque aunque al principio los reciban de paz y les hagan agasajos, cuando se les antoje darán sobre ellos y los degollarán» (1).

No discurría mal D. Sabiniano, según los principios de la prudencia humana. Pero, como ve el lector, si por miedo de ser degollados dejaran los misioneros de predicar el Evangelio, jamás se emprendería ninguna misión entre gentiles. Fundados, pues, en la prudencia sobrenatural que pone en Dios toda su esperan-

(1) Arch. de Indias, 68-1-40.

za, instaban nuestros Padres en que se tomase a pechos esta jornada de las islas Marianas. Ya por entonces el P. Sanvitores había determinado que se pusiese este nombre a aquellas islas, por respeto a la Reina Mariana de Austria, que entonces gobernaba nuestra nación en la menor edad del Rey Carlos II. Este nombre prevaleció, y por lo menos desde 1668 apenas se puso otro a las islas evangelizadas por nuestros Padres.

Entretanto discutiase en Manila sobre el modo de preparar aquella expedición. El Gobernador D. Diego Salcedo declaró a los jesuitas que le era imposible suministrar el dinero necesario para atender tan difícil empresa. Lo que podía hacer era preparar un patache en que se embarcase para Méjico el P. Sanvitores. Allí el Virrey de Nueva España le podría proveer de todo lo necesario y mandarle a las islas Marianas.

No abriéndose otro camino para entablar la misión, fué admitido por nuestro misionero el proyecto del Gobernador. Como lo escribió el mismo P. Sanvitores a la Reina Mariana, hubo de aceptar el ir a Méjico y andar tres mil leguas en vez de las trescientas que hay de Manila a Guan (1). Embarcóse, pues, con el P. Tomás Cardenoso el 7 de Agosto de 1667, y con un viaje de cinco meses llegó a Nueva España en los principios de 1668. Al instante voló de Acapulco a Méjico y se presentó al Marqués de Mancera, Virrey de Nueva España. No dejó de poner éste sus dificultades, y el gasto de diez mil pesos que se le pedían para la nueva expedición parece que al pronto le aterró. Sin embargo, se fué facilitando la dificultad, ya por la intervención de la Virreina, que se entusiasmó por la proyectada misión, ya principalmente con el apoyo de varias personas ricas que salieron por fiadoras del Padre y prometieron al Virrey reembolsar los diez mil pesos a las cajas reales si dentro de tres años no venía aprobada por Su Majestad la entrega de aquella suma. Teniendo esta seguridad, el Marqués de Mancera alargó la mano y entregó los diez mil pesos a nuestro misionero (2). Al mismo tiempo, con su

(1) Arch. de Indias, 68-1-40. La carta no tiene fecha ni lugar, pero por el contexto se ve que fué escrita desde Méjico. En ella refiere el hecho de los fiadores que luego apuntamos.

(2) En el Archivo de Indias, 87-5-7, hay dos cédulas reales dirigidas al Marqués de Mancera, con la misma fecha 24 de Mayo de 1670, aprobando el donativo de los diez mil pesos y dando por libres a los fiadores, aunque en una de ellas hay una frase de disgusto, significando al Virrey que no debía haber dado aquel dinero sin recibir primero orden expresa de Su Majestad.

celo infatigable, trabajaba éste cuanto podía en los ministerios espirituales, y su fervor, reconocido por todos, le ganó las simpatías de todas las almas buenas, que le miraban como un nuevo San Francisco Javier.

Dispusieron nuestros Superiores que para esta expedición de las Marianas tomase el P. Sanvitores algunos sujetos de los que por entonces iban destinados a Filipinas desde España. Hecha la selección allí en Méjico fueron designados para acompañarle, primero, el mismo P. Tomás Cardeñoso, que había venido con él desde Filipinas. Añadiéronsele el P. Luis de Medina, el P. Pedro de Casanova, el P. Luis morales y un hermano escolar teólogo, que no había terminado sus estudios y se llamaba Lorenzo Bustillos, natural de Burgos, como el P. Sanvitores.

Con estos compañeros se dirigió al puerto de Acapulco, donde todos se hicieron a la vela a principios de Abril de 1668. La navegación fué lo más feliz que entonces podía ser, pues en dos meses y medio se hallaron ya enfrente de las Marianas.

3. El 16 de Junio de 1668 saltaron en tierra de Guan el Padre Sanvitores y todos sus compañeros. Como solía suceder siempre que se acercaba alguna nave española a aquellas islas, un gran número de isleños corrían por todos lados a cambiar objetos con los españoles y muchos a curiosear simplemente, observando con cierto infantil recelo las personas y objetos desconocidos que veían en la nave. La isla de Guan, que es la principal de las Marianas, tiene unas treinta y cinco leguas de bogeo. Habitábanla entonces muchos indios divididos en unos ciento ochenta pueblecitos o aldeas, y en la playa descubrieron nuestros Padres algunos de estos pueblos que tenían como ciento cincuenta casitas. El P. Sanvitores levantó un altar en la playa y dijo una misa con toda la solemnidad que podía darse a tal acto en una isla de infieles. Al instante empezaron a tratar con los naturales, y del mejor modo que pudieron, porque la lengua de los indios se parecía mucho a la bisaya, les significaron que se quedaban de asiento en aquella isla y no les habían de abandonar.

La mayoría de los indios mostraron gozo de tener Padres en sus tierras, y al instante se dió principio a la predicación del Evangelio. El éxito fué verdaderamente pasmoso. La mayoría de los marianos acogían las verdades de la fe con mucha sencillez. Sin meterse en dificultades, y mucho menos en sutilezas metafísicas, abrazaban con entera buena fe todo lo que les iban ense-

ñando los misioneros. El P. Sanvitores envió a sus compañeros a otras islas. Muy pronto se convirtieron los indios de la isla de Tinián. Según nos cuenta la primera relación de los Padres, el día 4 de Noviembre de 1668, oyendo la primera instrucción que les hizo el misionero, se levantaron todos los indios en pie, y como por aclamación recibieron la fe y pidieron el bautismo. Parecido resultado obtuvieron los jesuitas en Saypán y en otras islas. A los once meses, que es cuando redactaron la primera relación que poseemos de estas misiones, sólo en la isla de Guan habían recibido el bautismo seis mil cincuenta y cinco indios, y casi todos los demás, dicen los Padres se pueden llamar catecúmenos, porque todos están disponiéndose para bautizarse. Sumando los bautizados en la isla de Guan con los que ya se habían bautizado en otras diez islas, resultó que desde el 16 de Junio de 1668 hasta el 21 de Abril de 1669, se habían bautizado 13.289 (1). Pocas veces se habrá visto una misión de infieles empezada con tanta prosperidad y recibida con tan buen corazón.

Un poco se detuvo el progreso de la fe por la oposición que le hacía un chino idólatra, a quien llaman nuestras relaciones *Choco*, quien afirmaba que el bautismo aceleraba la muerte a los que le recibían. Con mucha seriedad decía él, que en Manila había visto morir a muchos niños envenenados por las aguas del bautismo. También decía que con el sacramento de la Extremaunción se precipitaba la muerte de los enfermos. Oyendo estas patrañas se detuvieron un poco los sencillos habitantes de aquellas islas. Temió el P. Sanvitores que aquel hombre malvado hiciese un estrago entre los sencillos neófitos, y por eso determinó convencerle, y si pudiera, convertirle a nuestra santa fe. Fué, pues, a verse con él en la isla de Saypán, donde vivía, y habiéndose prevenido con larga oración, le habló detenidamente, le preguntó los hechos que él había visto, le explicó la falsedad de aquellas calumnias y le dió a entender la obligación de servir y adorar al único Dios verdadero y de no estorbar la predicación de la verdadera fe. Al cabo de tres días de coloquio, quiso Dios que la luz de la verdad iluminase al pobre chino, el cual pidió con sinceridad el agua del bautismo. La conversión de este hombre

(1) Archivo de Indias, 58-4-12. Esta primera relación de los misioneros lleva este título: «*Jesús, María. Resumen de los sucesos del primer año de la misión en estas islas Marianas.*» Está firmada la relación por el P. Sanvitores y el H. Lorenzo Bustillo el 15 de Mayo de 1669.